

Una relación con Dios humanizada y que humanice

Para hablar de Dios primero es necesario antes hablar con Dios y a Dios y ser capaces de escuchar todo lo que Él nos dice. Eso es oración. Así juntamos realidades tan humanas y humanizadoras como el silencio, la acogida, el diálogo y el compromiso y todo ello en el encuentro maravilloso entre el ser humano y Dios. El cultivo de una buena relación con Dios es condición indispensable para la supervivencia del cristianismo y para la construcción de un humanismo digno del ser humano de nuestros días. Bien podemos decir que nuestro problema no es la divinización sino la auténtica humanización del ser humano.

Para llegar a esa meta es bueno comenzar afirmando que a pesar de determinadas apariencias la oración no tiene nada de anacrónico ni extemporáneo, ni de impertinente para nuestros días; orar es ponerse en perfecta consonancia con el espíritu del s. XXI. De ese modo se encuentra respuesta a una de las cuestiones fundamentales de la auténtica humanización de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, el misterio del sentido último de la vida. No solo para ser cristiano, como nos recuerda K. Rahner en su célebre frase “el cristiano de mañana será místico o no será cristiano”, sino que la mística y la oración se necesitan para ser plenamente humanos. Orar es descubrir el proyecto humanizador del Padre y concluir que el mejor modo de seguir a Jesús es vivir cada día haciendo la vida más humana y más dichosa.

Este es el tema de este número de Testimonio. La oración nos debe ayudar a crecer en humanidad; a ejercitar dimensiones humanas especialmente ricas: encuentro, entrega, servicio, compromiso, vínculos, alabanza, agradecimiento, perdón, súplica... Así se logra crecer en humanidad. Algunos

la consideran una realidad anacrónica, sobre todo en un tiempo como el nuestro de eclipse de Dios y de predominio de una cultura de la ausencia de Dios. Sin embargo, ¡qué acertada es la afirmación de Nicolás de Cusa! “Dios es contemporáneo de todo los tiempos”; y su experiencia indispensable para todas las personas.

Tenemos que reconocer y asumir que no siempre la oración del religioso es humana y humanizadora. No siempre nuestra manera de establecer y vivir la relación con Dios nos hace más humanos. A veces olvidamos que toda la formación debe tender a hacernos personas más llenas de humanidad, más felices, más llenos de sensibilidad hacia el dolor y el sufrimiento, más llenos de calidad humana en nuestras relaciones comunitarias, de detalles diarios y cotidianos de talante humano y, todo ello, al estilo de Jesús al que seguimos.

El religioso, buscador apasionado de Dios, está llamado a “padecer” en su vida las más íntimas experiencias de unión con él y está llamado a ser testimonio de esta doble realidad. Por eso mismo, los grandes consagrados de nuestra historia han dado muestras de una especial sensibilidad para captar las corrientes de fondo de sus momentos históricos y las grandes necesidades de las personas que han vivido en ese tiempo. Más aún, desde sus experiencias de auténtica oración mística han influido considerablemente en la forma de pensar y sentir, de hablar y escribir y de actuar de sus contemporáneos. Nuestro tiempo no es una excepción. En este momento también hay religiosos y religiosas que desde su sana, vigorosa y profunda experiencia de Dios se convierten en la quilla del barco del cristianismo e incluso de la humanidad. Así lo podemos ver en las diversas experiencias que recoge este número de Testimonio. La rica oración nos deja con una especial sensibilidad para saber captar lo bello, lo bueno y lo verdadero que nos rodea.

Por supuesto, los religiosos estamos llamados a conseguir que nuestra Iglesia permanezca cristiana; a ayudar a nuestros contemporáneos a atravesar el desierto de la crisis espiritual y de sentido que padecemos; nos toca ser “vigías del abismo” (J. Oton), exploradores del infinito, profetas, que no tanto ni sobre todo anuncian el futuro sino que evocan las más auténticas verdades. Nos corresponde ser expertos de la noche que es Dios para algunas mentes humanas y corazones humanos; de una noche que puede convertirse en luz: “la misma noche es mi luz” (Salmo 138,11). Así ocurre cuando se descubre la huella y ¡“qué huella”! que hay en nosotros de Dios.

La oración, como se afirma en varios de los artículos, nos acerca a la calle, al tiempo en el que vivimos, al rostro humano, al dolor y a la alegría y así se convierte en simpatía, proximidad, servicio, compromiso y compasión. En efecto, en un tiempo en que abunda la posible deshumanización y los peligros de trivialización y de manipulación de la vida humana, los religiosos, a partir de la auténtica experiencia de Dios, tenemos que llegar a la experiencia de la grandeza y la dignidad del ser humano abierto al infinito, creado a imagen de Dios y llamado a compartir la misma vida y a ser divinizado. Nos toca reordenar los valores y evitar que se coloque en la cima de todos ellos el aprecio de lo económico o del poder y del predominio sobre los demás y recordar que una sola cosa es necesaria: “Dios y su reinado” y la conversión de la humanidad en hermanos para trabajar todos por la común liberación. Esta experiencia de Dios nos hace humanos y es transformadora y nos lleva a recordar algo fundamental: “Y cuando /todo era nada/apareciste tú/ y ya nada/ es nada” (A.D. Carrero).

Lo que hoy está en peligro y en el mundo entero no es el cristianismo, ni siquiera la religión; está en peligro la humanidad de los humanos. Son varios los autores de este número de Testimonio que dejan con la esperanza que la existencia y el proceder de los religiosos, desde su intensa experiencia de Dios, levantan las barreras a las amenazas de deshumanización que corren por nuestro mundo y refuerzan los gérmenes de humanización ya presentes en él. Orar mucho y bien es comunicar y sembrar en nuestros contemporáneos razones de esperanza; es hacer brotar un auténtico dinamismo que nos revitaliza porque nos humaniza. Por supuesto, que para que una oración sea humanizadora tiene que ser humana.

Hace un par de meses el Papa nos ha recordado que la historia tiene necesidad de místicos, de seres humanos con una experiencia de Dios muy humana y humanizadora. Estos hombres y mujeres y estos religiosos marcarán el camino de la humanidad con la fortaleza de la fe, la certeza de la esperanza y la fecundidad del amor.

*José María Arnaiz, SM
Director*